

á este fin la nota aceptada por él en Savona; que no había más que convertirla por un decreto del concilio en ley del Estado, y dar en seguida gracias á Pío VII por haber prestado su consentimiento á esta solución y salvado de consiguiente por sí propio á la Iglesia de un abismo; que terminada así una parte de las controversias religiosas, ya se hallaría para las demás el oportuno desenlace, pues satisfecho Napoleón se mostraría más condescendiente, y sin duda pondría fin al cautiverio del Padre Santo. Habiendo decidido á la comisión las sensatas palabras de Mr. Duvoisin, fué su dictamen adoptado, y la declaración de Savona quedó convertida en decreto del concilio por todos los votos menos dos, que fueron el arzobispo de Burdeos y el obispo de Gante, siempre muy tenaces y muy vehementes.

Aunque en principio debiese de pertenecer la institución pura y simplemente á la Santa Sede, se acababa de hacer lo más razonable en la situación de entonces, terminando con el consentimiento del papa uno de los más tremendos conflictos. Este resultado produjo satisfacción verdadera entre las personas juiciosas, y la hubo en la pequeña corte del cardenal Fesch sobre todo, pues aunque blasonase el cardenal de continuo del heroísmo de que ante su sobrino tenía que hacer alarde, sus familiares preferían no verle condenado á acreditar este heroísmo, hallando más cómodo gozar con él de los honores de la resistencia y de las ventajas del parentesco. Y aún se regocijaron muy alto, pues noticiosos de este triunfo los hombres de partido, realistas ó devotos, se agitaron toda la tarde y toda la noche, asediaron á los miembros de la comisión, les asustaron por lo que habían hecho, les sostuvieron que se habían llenado de oprobio, que habían entregado la Iglesia á su tirano; que todo estaba perdido, y que era forzoso que se retractasen explicando en la sesión próxima su voto. Estos píos intrigantes ganaron al fin su causa, y después de haber procurado salvarse de Napoleón aquel día, se comprometieron á salvarse de la deshonra al siguiente.

Vino en efecto, y reunida la comisión nuevamente, apareció cambiada del todo; ya no dominaba el miedo á Napoleón, sino al partido católico. Los cardenales Casselli y Spina, espíritus sensatos bien que débiles, fueron los primeros en retractarse. Pretendieron que al votar la víspera, ignoraban el verdadero carácter de las leyes del Estado, que después se habían persuadido de que eran irrevocables por su naturaleza, una vez sancionadas por el senado, y que así, perseverando en la adopción del decreto, se veían obligados á solicitar de antemano la venia del papa, lo cual era una recaída en el carril antiguo, la incompetencia del concilio. El obispo de Tournay, este individuo del partido extremo, cuyas costumbres hacían singularísimo contraste con sus opiniones, no tomó en su retractación las mismas precauciones; en todo retrocedió de la opinión que había adoptado el día antes y declaró que de ninguna manera quería el decreto. Vacilantes los obispos de Comacchio é Ivrea, como no habían cesado de estarlo los eclesiásticos italianos en este asunto, explicaron y retiraron á su vez su voto. Mr. de Boulogne, más firme que de costumbre, se retrajo también del suyo, y de la obra de la víspera no quedó nada. Entonces se cayó

en una extraña confusión, y finalmente, para salir de ella, admitióse lo substancial del decreto, que estaba basado sobre la indispensable nota de Savona, á condición de que recibiría el asentimiento del papa, con el fin de obtener la firma que faltaba á la nota que servía de fundamento. Sin salvar en principio esta solución equívoca la institución canónica que, limitada muy estrechamente, dejaba en pie todas las dificultades políticas del momento, pues aboliendo la autoridad del concilio hacía que dependiera todo de un segundo paso cerca del papa, exponía á éste á nuevas perplejidades, á nuevos escrúpulos, y si carecía de fuerza para superarlos, á toda clase de peligros.

Obtenido este voto tal como era, el cardenal Fesch instó vivamente á Mr. de Barral y después á Mr. Duvoisin para que uno ú otro extendiese la resolución adoptada. Éstos, no habiendo prevalecido su dictamen, creyeron que no se podían encargar de redactar el informe, en lo cual erraron sin duda, pues quizá importaban menos las conclusiones adoptadas que el lenguaje que se iba á usar ante el concilio. Ya que substancialmente se admitían límites á la institución canónica por unos y por otros, salvo el recurso al papa con el fin de dar validez al nuevo sistema, lo que importaba, tanto á Pío VII como á Napoleón, era el modo con que se presentara el asunto, y más valía fiar este cuidado á personas que de buena fe querían la solución pacífica de la dificultad, que á enemigos deseosos de turbulencia ó confusión. Pero MM. Duvoisin y de Barral se habían á su vez irritado, pues las pasiones son de todas las clases, de todas las profesiones, y después de contradicciones prolijas se apoderan hasta de los corazones más moderados. Así estos dos prelados rehusaron obstinadamente el encargo que había empeñado en confiarles. A consecuencia de su negativa, recurrióse al fogoso obispo de Tournay, quien aceptó á pesar de que no sabía francés, y se rogó á Mr. de Boulogne que diera al informe la corrección gramatical de que debía carecer probablemente. Se necesitaba que el cardenal Fesch, más obligado que otro alguno á impedir que las cosas no fueran á dar en abismos, tuviera muy poco seso para consentir en semejantes elecciones.

Bien tenían con qué regocijarse las gentes exaltadas que nada ansiaban más que escándalos. En su exposición intercaló el informante las opiniones todas de su partido: Mr. de Boulogne quitó de allí todo lo que repugnaba á su hábil retórica, pero dejó todo lo que hubiera quitado una política sensata. El dictamen debió ser leído al concilio el 10 de julio.

Se había guardado cuidadosamente el secreto, como se guardan por lo común los secretos de partido. Con extrema curiosidad y ansiedad visible se reunió el 10 de julio el concilio. Apenas se acabó la lectura del dictamen, hecha con acento extranjero, llegó á su colmo la emoción en todas las filas de la augusta asamblea. Una redacción hábil hubiera podido calmar todas las opiniones, concediendo satisfacciones razonables á cada una de ellas, y hacer aceptable para el emperador una solución que de cierto era aceptable para la parte hostil del concilio, pues de ella emanaba; pero redactado exclusivamente el informe para un partido á quien exaltó satisfaciéndole, aguijoneó la cólera del partido opuesto, que se sintió profundamente ofendido. Entre todos

aquellos prelados no había un hombre capaz de apoderarse de aquella asamblea irritada y desunida, de inclinarla hacia una resolución prudente y de atraerla á la razón en suma, y así aquello fué un caos de interpelaciones, de réplicas y de recíprocas acusaciones. Los partidarios del poder decían que declarar la incompetencia del concilio equivalía á poner de nuevo toda la cuestión en manos del papa, y que así no se acabaría nunca. Los otros replicaban que, aun cuando fuera competente el concilio, sus mismos actos necesitaban de la sanción del papa, pues las decisiones de un concilio no eran válidas si no las aprobaba la Santa Sede. Esta omnipotencia del papa, sostenida por algunos, impulsaba á otros á recordar el uso reciente que había hecho de ella, á citar la bula de excomunión y á calificarla de atentado, de obra de anarquía; pues, como decían, si hubiera hecho efecto, ¿dónde estaríamos ahora?

Al oír estas palabras el arzobispo de Burdeos se lanza en medio de la asamblea con un libro en la mano, el de las actas del concilio de Trento, abierto por el mismo artículo que confiere al papa el poder de excomulgar á los soberanos cuando atentan á los derechos de la Iglesia. Vanamente se procura contener á aquel prelado vacilante, pero testarudo: achacoso de sordera, oyendo apenas lo que se le dice y no escuchando sino á sí mismo y á su pasión, se adelanta y arroja sobre la mesa el libro, exclamando: «Vosotros pretendéis que no pueden ser excomulgados los soberanos; pues condenad á la Iglesia que así lo ha establecido.» Inmenso es el efecto de estas palabras sobre los que las aprueban y sobre los que temen sus resultados, pues casi era esto renovar la excomunión y renovarla á la faz de Napoleón, cerca de su palacio y bajo su mano formidable.

Aquí, recobrando el cardenal Fesch algo de presencia de ánimo, declara que es imposible deliberar en el estado en que se halla el concilio, y aplaza para el día siguiente la votación definitiva del punto en cuestión. De consiguiente, se separan apenas gozosos los unos, vivamente indignados los otros, y todos turbados y generalmente aterrorizados, no comprendiendo el sentimiento irresistible á que acababan de someterse.

Aun cuando no había público ni tribuna ni periódicos, mil ecos habían llevado ya al Triánón, donde el emperador residía, la noticia de esta sesión. Allí fueron el duque de Rovigo, el arzobispo de Malinas, el cardenal Fesch. Al saber Napoleón tales pormenores, había creído que toda la revolución se alzaba en su presencia. ¡Quién no veía efectivamente algo de revolución, bien que de revolución por el buen lado, el de la opinión pública, estallando sin saberlo, á pesar suyo en cierto modo, y acusándole, no por el empeño de emancipar al Estado de la dominación de la Iglesia, sino de oprimir las conciencias, y sobre todo de atormentar á un pontífice venerable, su amigo en otro tiempo, su cooperador para realizar sus mejores obras y de arrastrarle de prisión en prisión como á un reo de Estado! ¡Quién no veía la lección portentosa de no poder reunir algunos hombres, algunos sacerdotes ancianos, débiles, trémulos, ajenos á todo designio político, sin que, una vez reunidos, se sintiesen impulsados á estallar y á pronunciar una enérgica reprobación contra sus actos! Ciertamente había preocupaciones, miras estrechas, doctrinas

teológicas mezquinas, y finalmente, debilidades entre los miembros de este concilio; pero su emoción era honrosa y patentizaba un gran hecho, la libertad renaciendo sin quererlo, sin saberlo, y lo que era más extraordinario, renaciendo en ancianos sacerdotes, enemigos y víctimas la mayor parte de la revolución francesa y sin la más remota intención de reproducir sus desórdenes.

En todo esto no vió Napoleón más que lo que podía ver el despotismo, la necesidad de emplear la fuerza para atajar manifestaciones desagradables, como si se extirpara el mal atacando los efectos en vez de atacar la causa. Muy duramente trató Napoleón á su tío, le reconvinó por sus debilidades, por sus ilusiones, hasta le hizo cometer la grande imprudencia de descargar toda la culpa sobre los obispos de Troyes, de Tournay, de Gante, que habían sido en la comisión hartos molestos, imprudencia sin embargo cometida muy inocentemente; luego mandó redactar sin demora un decreto providenciando la disolución inmediata del concilio, y dió órdenes de extremada violencia contra los individuos que habían estado al frente de la oposición. El obispo de Tournay (Mr. d'Hirn) por haber redactado con el peor espíritu el informe, el obispo de Troyes (Mr. de Boulogne) por haberlo tan mal retocado, el obispo de Gante (Mr. de Broglie) por haber influido con su autoridad moral sobre la comisión más que otro alguno, fueron designados como los principales delinquentes y como quienes debían ser las primeras víctimas de esta especie de insurrección episcopal. También había merecido esta distinción el arzobispo de Burdeos; pero un eclesiástico recientemente nombrado para la silla de Metz, y que gozaba de la confianza del gobierno, hizo valer la sordera y la falta de talento del prelado, y se contentó con tres víctimas de resultados de estas prudentes instancias. De orden de Napoleón hizo prender el duque de Rovigo á los tres obispos aquella noche y llevarlos á Vincennes, por supuesto sin preceder juicio ni explicación alguna. Al público tocaba averiguar la causa y á ellos no más que someterse.

A otro día se supo, bien que sin gran ruido, gracias á la privación de toda publicidad, que el concilio estaba disuelto y que se hallaban metidos en Vincennes tres de los principales prelados. Muy sensible era el clero á estos actos extraordinarios, pero desgraciadamente hay que añadir que su susto y su indignación corrían parejas. Para excusar estos rigores los parciales del gobierno decían muy bajo, por miedo de provocar á que se les desmintiera, que se había descubierto que los tres prelados se hallaban comprometidos en una trama tenebrosa, la que había producido el encarcelamiento de Mr. d'Astros y la exclusión de Mr. Portalis del consejo de Estado. Por lo demás no había que emplear gran trabajo en hacer frente á la mayoría del concilio, pues temblaban casi todos sus miembros, y más trataban de justificarse que de formular recriminaciones. Separados por otra parte unos de otros de resultados de la disolución, carecían de la fuerza que su reunión les comunicaba y se hallaban abandonados á su timidez individual. Entre los más llenos de susto é inclinados á pedir perdón se contaban los italianos, considerando todo esto como una querrela que no les atañía, que pasaba entre Napoleón y la Iglesia galicana, y no queriendo,

ya que habían conservado sus sillas aun después del cautiverio de Savona, ir á zozobrar en el puerto y por un asunto de pura forma, como la institución canónica. Decían que los prelados franceses eran imprudentes y locos, que los italianos se habían abstenido generalmente en estas cuestiones, porque no les interesaban nada; pero que, si en algo se necesitaba de su adhesión, estaban prontos á darla sin reserva. El cardenal Maury, que no quería asistir á nuevas revoluciones, y cuyo corazón rebotaba de gratitud hacia Napoleón y de resentimiento contra la Iglesia, tan ingrata respecto de su persona, no dejó de transmitir estas palabras al ministro de Cultos y á Napoleón mismo. Diez y nueve italianos se habían ofrecido y se podía contar hasta cincuenta ó sesenta prelados franceses, menos indiferentes á la solución que los italianos, pero casi tan llenos de susto y deseos de acabar del modo que agradara al gobierno. Tomados uno á uno, dijo el cardenal Maury, y saldréis airoso más fácilmente que si los tomáis en masa. Expresando esta observación misma con la original familiaridad que le era propia, añadió: *Es un excelente vino, pero que saldrá mejor en botellas que en tonel.* Aprovechóse el dictamen y se redactó un decreto muy semejante al que en la comisión había prevalecido, el cual limitaba á un año el plazo para proveer las sedes vacantes, seis meses para el nombramiento por el poder temporal y otros seis para la institución canónica por el papa, tras de lo cual el metropolitano de la provincia eclesiástica estaría encargado de instituir á los electos. A este decreto se añadió la cláusula de un nuevo recurso al papa, á fin de pedirle su sanción, bien que en sentido totalmente contrario á las conclusiones del obispo de Tournay. Se entendía en efecto que, de no adherirse el papa, el concilio adoptaría una resolución independiente, votaría el nuevo decreto y le enviaría al emperador para que fuera convertido en ley del Estado. Hasta se convino en que mientras una diputación fuera á Savona para obtener el beneplácito del papa, se retirara en París á los principales miembros del concilio, para hacerles emitir un segundo voto en el caso de la negativa del Padre Santo. Acordado este plan, llamó el ministro de Cultos á los prelados, con quienes se podía contar, uno tras otro. Diez y nueve obispos italianos se adherieron como á porfía: sesenta y seis obispos franceses siguieron su ejemplo: así sumaban ochenta y cinco adherentes de los ciento y seis miembros admitidos en el concilio. Entre los que no se habían adherido no eran todos opositores determinados, y la mitad de ellos se limitaba á reservas, más que á negativas.

Cuando se obtuvo este resultado, el príncipe Cambaceres, que era siempre llamado para buscar los medios términos, los expedientes ingeniosos, y que había contribuido mucho á que esta solución pacífica se adoptase, aconsejó que se juntara de nuevo el concilio, y se le presentara el acta, cuya adopción no podía ya ofrecer duda. Napoleón consintió en ello, y decretó la nueva convocatoria para el 5 de agosto.

En efecto, llegado este día, se reunió el concilio en el local ordinario de sus sesiones. Nadie preguntó por qué había sido tan súbitamente disuelto y tan súbitamente otra vez llamado, ni por qué tres miembros se hallaban en Vincennes en vez de asistir al concilio: oyóse la lectura del decreto, y casi por unanimidad fué votado.

Faltaba obtener la sanción del papa, no porque se reconociese la incompetencia del concilio, sino porque era forzoso atemperarse al uso natural y necesario de someter al jefe supremo de la Iglesia los actos de toda asamblea de prelados. Napoleón consintió en enviar una diputación, compuesta de arzobispos y obispos, con el fin de solicitar la aprobación pontificia, y en incorporar á ella algunos cardenales para que hicieran cerca de Pío VII de consejo, del cual se decía privado siempre que se le instaba á adoptar una resolución cualquiera. Elegidos fueron los cardenales de Bayana, Fabricio Rufo, Roverella, Doria, Dugnani, y además el arzobispo de Edesa, limosnero del papa. Los prelados designados fueron los arzobispos de Tours, de Malinas y de Pavía, y los obispos de Nantes, de Tréveris, de Evreux, de Placencia, de Feltre, de Faenza. Debían partir al punto, para no hacer aguardar á sus colegas retenidos en París con el fin de emitir un nuevo voto en el caso de negativa por parte del papa. Mas no se creía en esta negativa, sobre todo haciendo memoria de la nota llevada de Savona por MM. de Barral, Duvoisin y Mannay.

Napoleón había aceptado este fin del concilio, en primer lugar porque era un fin, y en segundo porque había casi conseguido su objeto, obteniendo la limitación muy estrecha de la institución canónica. Pero moralmente sentíase batido, porque una oposición tanto más significativa cuanto que era involuntaria, y por decirlo así trémula, se había manifestado en el clero, y le había presentado á las claras como opresor del pontífice. ¡Y además había hallado mil ecos en los corazones! Se consolaba lisonjeándose de que muy pronto se le llevaría de Savona, si no el decreto mismo, al menos la institución de los veintisiete prelados electos, lo cual bastaba para completar al fin la Iglesia de Francia y salvar las dificultades que se oponían á su administración, y respecto de la cuestión de principio ya procuraría más tarde salir de ella como pudiese. Además en aquel momento todas las cuestiones morales, materiales, políticas, militares, se compendaban para él en una sola, la de la gran guerra del Norte. Vencedor por última vez de Rusia, que era la única que parecía, si no hacerle frente, á lo menos contrariar algunas de sus voluntades, abatiría en ella todas las especies de oposición públicas ó ocultas que hallaba todavía en Europa. ¿Y qué sería entonces aquel pobre sacerdote cautivo que le quería disputar á Roma? Nada ó casi nada, y la Iglesia reconocería el poder de César, como había hecho tantas veces. El concordato de Fontainebleau, obtenido á la vuelta de Moscov, prueba que si Napoleón se obcecaba á menudo, no era ahora cuando padecía más de este achaque.

Marcharon, pues, los cardenales y los prelados elegidos á Savona, y él, enojado de esta *disputa de sacerdotes*, según la llamaba desde que se había dado á menospreciar el Concordato, su más excelente obra, se volvió á dedicar de plano á sus grandes negocios políticos y militares.

Aunque privado de periódicos libres, al menos en Francia, el público europeo seguía con atención curiosa é inquieta el altercado ya harto ruidoso del emperador Napoleón y del emperador Alejandro. Ya se decía que la guerra era inevitable y estallaría al punto y que los franceses iban á pasar el Vístula y los rusos el Niemen,

ya que la querrela se había aplacado y que cada cual se retiraría muy atrás de sus fronteras. Especialmente desde la llegada de Mr. de Caulaincourt á París y la de Mr. de Lauristón á San Petersburgo parecía que se esperaba que la paz sería mantenida. Por lo que hace á los espíritus sensatos de todos los países, no sabiendo cuál sería el desenlace de una nueva lucha, ciertos en todo caso de que correría la sangre á torrentes, deseaban la paz con ardimiento y aplaudían todo lo que presagiaba que no se alteraría. Pero los continuos movimientos de tropas del Rhin al Elba no eran á propósito para tranquilizarlos, y destruían el buen efecto de los rumores pacíficos que habían circulado durante dos ó tres meses. Sobrada razón tenían los amigos de la paz para mostrarse inquietos, pues Napoleón, resuelto á diferir la guerra, bien que siempre decidido á hacerla, había continuado sus preparativos, tomando solamente la precaución de disimularlos lo bastante para no provocar el año de 1811 la ruptura, que sólo deseaba, según sus cálculos, para el año de 1812. Así, por ejemplo, después de haber retardado por de pronto la marcha de los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout y de mantenerlos en el depósito, mudó de dictamen, y reflexionando que en ninguna parte se formarían mejor que á las órdenes de este instructor vigilante y severo, encaminólos hacia el Elba. Y no eran menos de treinta y dos batallones los enviados de una vez más allá del Rhin, lo cual no se podía hacer á escondidas. Para oponer á este efecto de tanto bulto un efecto contrario, dispuso que retrocedieran dos batallones westfalianos, que iban á completar el contingente alemán de la guarnición de Dantzick, y recomendó que se metiera gran ruido con este movimiento retrógrado, y que respecto de los batallones franceses dirigidos al Elba se dijera que no hacían más que poner término á una marcha comenzada mucho antes. Disponiendo de los periódicos franceses y de parte de los periódicos alemanes, podía con este arbitrio engañar al público por un momento; pero centenares de espías rusos de todas las naciones debían restablecer la verdad muy pronto y hasta exagerar los hechos en sentido contrario.

Así el gabinete ruso no se había engañado, y el emperador Alejandro había dicho á Mr. de Lauristón que verdaderamente retrogradaban dos batallones alemanes, si bien al mismo tiempo más de treinta batallones franceses avanzaban desde Wesel á Hamburgo. Sin embargo, había añadido el emperador Alejandro, no quiero que me aventaje el emperador Napoleón bajo el aspecto de las manifestaciones pacíficas: ha hecho retrogradar dos batallones, pues yo voy á hacer que retroceda una división entera. Con efecto, aproximó algo al bajo Danubio una de las cinco divisiones que había trasladado primero con el fin de llevarlas á Polonia. Fuerza es reconocer que en esta coyuntura su sinceridad empezaba á valer ni más ni menos que la de Napoleón, pues habiendo disminuído mucho sus fuerzas delante de los turcos, conocía la necesidad de aumentarlas, volviendo á llevar junto al Danubio una de las divisiones que de allí había alejado.

Mr. de Lauristón, que temía mucho una nueva guerra del Norte y que veía con desesperación que, armando así los unos en represalia de los otros, se acabaría en breve por ponerse recíprocamente la espada al cuello,

rogaba, suplicaba al emperador Alejandro que fuera entre los dos el más cuerdo y tomara la iniciativa de las explicaciones, que se diferían por ambas partes de resultados de un falso amor propio, de un cálculo mal entendido. «Pedid, pues, decía al emperador Alejandro, una indemnización por Oldemburgo, y no pongo en duda que os será concedida. Enviad alguno á París que ponga de manifiesto vuestros agravios, y abrigo la convicción de que será recibido con anhelo. Entonces cabrán las explicaciones, y se podrá saber al cabo por qué se está en vísperas de pasarse á cuchillo.» A estas apremiantes instancias oponía el emperador Alejandro una negativa absoluta. Nada quería pedir por Oldemburgo, según tenía ya dicho, ni en Alemania ni en Polonia, porque en Alemania no se perdería la ocasión de denunciarle como codicioso de despojar á los príncipes alemanes, y porque en Polonia le acusaría Napoleón de aspirar al desmembramiento del gran ducado de Varsovia y sacaría de aquí un argumento cerca de los polacos. Tampoco el emperador Alejandro quería aparecer como un príncipe intimidado que enviaba á pedir la paz á las Tullerías. Por otra parte estaba íntimamente convencido de que no la obtendría, y hasta recelaba precipitar la guerra, explicándose sobre ciertos puntos, tales como los mercantiles, por ejemplo. Si en efecto se le estrechaba, resuelto estaba á decir formalmente que nunca cerraría sus puertos á los que él llamaba neutrales y Napoleón llamaba ingleses, y temía que una declaración tan plana produjera una instantánea ruptura. La guerra que Napoleón deseaba á un año de distancia, la preveía él también para igual fecha, y prefería la más diferida que inmediata. Por esto se atenía á una extremada reserva, afirmando sinceramente que deseaba la paz, y ofreciendo en prueba que desarmaría al instante, si Napoleón desarmaba, y declarando que el agravio resultante del despojo del príncipe de Oldemburgo no constituía un asunto urgente; que esperaba una indemnización, pero no exigiéndola al punto; que sabría tener espera, y que obrando así no entendía reservarse un agravio, pues sin vacilaciones manifestaba que por este motivo no haría la guerra (1).

En situación tan delicada y grave se hubieran necesitado muchos cuidados, muchos miramientos para evitar la guerra, al par que una sola palabra imprudente bastaba para hacerla inevitable y aun quizá inmediata; y con el carácter bullicioso de Napoleón y especialmente con la osadía de su lenguaje, era de temer que se le escapase esta palabra.

El 15 de agosto, día de su santo y de gran recepción, tuvo corte. Como se le reconocía pronto á decir lo que tenía en el corazón, se le seguía, se le escuchaba para recoger cualquier palabra concerniente á la importante cuestión del momento. Este día se hallaba de buen temple, jovial, verboso. Su soberbio rostro estaba radiante de buen humor, de perspicacia, y hubiera atraído á hombres menos curiosos, menos interesados en oírle que los que le rodeaban. Ya habían partido la mayor parte de los convidados, y sólo quedaban en torno suyo

(1) Todo esto lo refiero á tenor de documentos de tanta autenticidad como las cartas de Mr. de Lauristón, de Napoleón, del mariscal Davout, etc.; de consiguiente se pueden considerar estos pormenores, no como conjeturas, sino como certidumbres absolutas. (N. del A.)

los embajadores de Rusia y Austria, príncipes Kourakín y de Schwarzenberg, los embajadores de España y Nápoles, y uno ó dos de esos ministros de las pequeñas cortes alemanas, siempre en acecho para saber lo que preparan los gigantes que tienen costumbre de hollarlos con sus plantas (1). Seguido de estos personajes, yendo, viniendo, discurrendo sobre todo, Napoleón dijo al embajador de España que la estación era mala en su país para las operaciones militares, que nada podía marchar á la sazón de prisa; pero que, llegado el otoño, aceleraría los sucesos, y envolvería á paso rápido á españoles, portugueses é ingleses. Tornándose de seguida al príncipe Kourakín, habló de un despacho inventado por los ingleses, despacho muy arrogante y como dirigido por Francia á Rusia, y dijo que no tenía verosimilitud de ninguna especie; á lo cual el príncipe Kourakín repuso que efectivamente era inverosímil de todo punto, pues jamás Rusia hubiera podido recibir despacho semejante. Sonrióse Napoleón con dulzura al notar este arranque de orgullo del príncipe Kourakín, y luego, para vengarse algún tanto, hizo rodar la conversación sobre los sucesos de Turquía, acerca de los cuales había mucho que decir realmente. Durante la última campaña habían quedado los rusos dueños de todas las plazas del Danubio desde Widin hasta el mar Negro; menos felices este año, no habían podido cruzar el Danubio; teniendo además cerca de Rutschuck un encuentro, que ellos decían haberles sido ventajoso, al par que los turcos lo celebraban por favorable á sus armas, y de cuyas resultas éstos habían entrado en Rutschuck positivamente. No cabía duda en que las divisiones retiradas de allí habían hecho falta á los rusos. Interpretando el príncipe Kourakín las cosas á su modo, procuraba paliar las desventajas de la campaña, y naturalmente encomiaba sobre manera la bizarría del soldado ruso. Durante estas explicaciones miraba Napoleón al príncipe de Kourakín con extremada malicia, y complacía-se en ver á este personaje, cuya rectitud de espíritu no igualaba á la de su cuerpo, embarazado en sus relatos y no sabiendo cómo salir de ellos. «Sí, sí, le dijo, vuestros soldados son muy valerosos; nosotros los franceses, no tenemos inconveniente en confesarlo; sin embargo, vuestros generales no valen lo que vuestros soldados. Imposible es disimular que han maniobrado hábilmente. Es una gran dificultad la de tener que defender una línea tan larga como la del Danubio desde Widin

(1) También aquí hablo en vista de los documentos más seguros. Hago poco caso de los discursos inventados, y todavía menos de las conversaciones supuestas, más inverosímiles que los discursos, porque son más difíciles de recoger y de transmitir. Pero la conversación de que doy cuenta, así como dos ó tres de Napoleón, que ya he reproducido, fué cogida por muchos testigos, por el embajador de Austria, por el ministro de Wurtemberg, y repetida por Napoleón á Mr. de Bassano, para que la comunicase á todas las cortes. Estas tres versiones, de las cuales ninguna contradice las otras dos absolutamente, pero que se completan, reproduciendo una lo descuidado por otra, son los documentos de que me he servido para compendiar, por supuesto, esta conversación curiosa. Sólo la forma me pertenece, y aun así he puesto el esmero en reproducir el carácter exacto del lenguaje de Napoleón en lo posible. He estado en mi derecho de historiador, pues necesidad del arte es recoger lo que merece la pena y compendiarlo, pues de otro modo una historia sería tan larga de leer como lo fué de consumirse, y se necesitarían veinte años para leer lo que duró igual tiempo.

hasta el mar Negro. Además no se puede disputar la orilla de un río sino siendo dueño de trasladarse á la otra, teniendo gran número de puentes y cabezas de puente, porque el verdadero arte de defenderse consiste en saber atacar. Vuestros generales han obrado contra todas las reglas.» Aquí, hablando Napoleón de la guerra tan perfectamente como la hacía, tuvo por largo tiempo á sus oyentes atentos y maravillados. Queriendo el príncipe Kourakín excusar á los generales rusos, dijo que les habían faltado las fuerzas, por la necesidad de alejar parte de ellas del teatro de las hostilidades, y penetrado de la torpeza que cometía, añadió que la situación rentística del imperio lo había exigido así. Napoleón se sonrió al punto de la torpeza de su interlocutor y continuando en burlarse de él, con tanto talento como donaire le dijo: «Vuestra situación rentística os ha obligado á alejaros del Danubio... ¿Estáis muy seguro de ello?. Siendo así, habéis hecho una operación rentística muy mala. Generalmente conviene enviar al territorio enemigo todas las tropas, cuyo sostenimiento es muy gravoso. De esta manera lo hago yo y mi tesoro está desahogado.» Luego de repente y sin dejar el tono de benevolencia que había tomado en esta conversación, pero con la petulancia del que no sabe contenerse, dijo Napoleón al príncipe Kourakín: «Vaya, príncipe, ¿hablemos formalmente? ¿Estamos dictando aquí despachos, ó escribiendo para los periódicos? Si así es, vendré con vos en que vuestros generales han salido constantemente victoriosos, en que la mala situación de vuestra hacienda os ha obligado á retirar parte de vuestras tropas, que vivían á expensas de los turcos, para hacerlas vivir á costa del tesoro de Rusia: concederé todo esto; pero si hablamos con lisura delante de tres ó cuatro de vuestros colegas, que lo saben todo, diré que habéis sido batidos, muy batidos; que por culpa vuestra habéis perdido la línea del Danubio; que ha sucedido así, menos por error de vuestros generales, aunque hayan maniobrado mal, que por error de vuestro gobierno, el cual les quitó las fuerzas de que tenían necesidad indispensable, trasladando del Danubio al Dnieper cinco divisiones y para qué? Para armarse en contra de mi persona, que soy vuestro aliado, según decís; en contra de mi persona, que no quería haceros la guerra, y que hoy no quiero hacerosla todavía. Habéis cometido faltas sobre faltas. Si yo os inspiraba alguna inquietud, menester era que os explicara; y en todo caso, lejos de llevar á otra parte vuestras fuerzas, había necesidad de acumularlas contra Turquía, abrúmarla y arrancarle la paz, bastando una sola campaña para obtenerla tan ventajosa como la de Finlandia, y tiempo os quedaba de tomar precauciones en contra mía. Pero política, rentística, militarmente no habéis hecho cosa acertada... ¿Y todo esto por qué? Por el príncipe de Oldemburgo, por algunos contrabandistas... Por gentes como éstas os exponéis á una guerra conmigo. Y sin embargo, bien sabéis que tengo seiscientos mil hombres que oponeros, que tengo cuatrocientos mil en España, que sé mi oficio, que no me habéis vencido hasta ahora, y Dios mediante espero que no me venceréis nunca... Pero preferís dar oídos á los ingleses, quienes os dicen que quiero hacerlos la guerra; preferís contemplar á algunos contrabandistas, á quienes enriquecen vuestras providencias comerciales, y os dedicáis á hacer armamentos; obligado

estoy yo también á armarme, y henos aquí frente á frente, prontos á empezar de nuevo... Os parecéis á una liebre que, habiendo recibido una perdigonada en la cola, se endereza sobre sus patas para mirar, y se expone así á recibirla en la cabeza... Yo soy desconfiado como el hombre de la naturaleza...: observo..., veo que se dirigen hacia mí, desconfío, requiero mis armas... Y sin embargo, es menester que esta situación acabe.» Expresándose Napoleón con volubilidad extremada, sin dejar espacio para que su interlocutor le replicase, bien que no cesando tampoco de mostrarse benévolo y hasta amigable en el tono, dió aquí un momento al príncipe Kourakín para que le respondiese. A éste, que tenía poca memoria, escaso conocimiento de los hechos, aunque no careciese de sutileza ni de costumbre de tratar los grandes negocios, no le ocurrió traer á la memoria de Napoleón que, en la serie de los aprestos militares, Francia había precedido á Rusia, y se confundió en protestas de amistad y de adhesión, afirmando que aún se hallaban en los mismos buenos términos que en Tilsit, y que si alguien se debía hacer de nuevas era Rusia, que no había dejado de ser fiel á la alianza; que le había debido afectar mucho la conducta usada respecto del príncipe de Oldemburgo, como pariente cercano del emperador y á quien era muy adicta la corte de Rusia; que nada se podía hacer que hiriese más al emperador Alejandro que tocar á los Estados de este príncipe; que á mayor abundamiento en este asunto se había limitado Rusia á expresar quejas y reservas... «Reservas, interrumpió Napoleón, reservas! Más bien habéis hecho una protesta en forma (y era verdad), me habéis denunciado ante Alemania, ante la Confederación del Rhin, como un expoliador... No sabéis que vuestro príncipe de Oldemburgo era un gran hacedor de contrabando que faltaba á vuestros tratados con nosotros y conmigo, que violaba el pacto que liga á los miembros de la Confederación del Rhin unos con otros; que según el antiguo derecho germánico hubiera podido hacerle comparecer en mi tribunal, ponerle fuera de la ley del imperio y destituirle, sin que me hubierais tenido que decir nada. En lugar de esto me he anticipado á vosotros, os he ofrecido una indemnización...» Al decirlo así Napoleón se sonreía como si no tomase estas palabras en serio, y parecía querer declarar que había obrado más listamente. Después añadió en tono de sentimiento y de dulzura: «Convengo en que, si hubiera sabido cuánto estimabais al príncipe de Oldemburgo, mi proceder fuera otro, pero ignoraba el grande interés que os inspira. ¿Cómo remediarlo ahora? ¿Os restituiría el territorio de Oldemburgo todo cargado de mis aduaneros, pues de otro modo no había de restituirlo? No lo queríais de tal manera... En Polonia no os daré nada... nada...» Y Napoleón pronunció esta frase con un acento que probaba que Alejandro tenía razón en no querer suministrar esta arma en su contra... «¿Dónde tomaríamos, pues, la indemnización? Pero eso no importa; hablad y procuraré satisfaceros... ¿Por qué habéis dejado partir á Mr. de Nesselrode en semejante coyuntura? (Con efecto, Mr. de Nesselrode, principal director de los negocios de la legación, acababa de marchar de París.) Menester es que vuestro soberano envíe á él ó á otro con poder bastante para explicarse y celebrar un convenio que abrace todos vuestros agravios

y todos los míos, sin lo cual proseguiré mis armamentos, sacaré probablemente muy pronto la conscripción de 1812, y ya sabéis que no suelo dejarme batir... ¡Acaso contáis con aliados! ¿Dónde están? ¿Quizá es el Austria, á la cual hicisteis la guerra en 1809 y á quien tomasteis al tiempo de la paz una provincia?...» Y al decir estas palabras miraba Napoleón fijamente al príncipe de Schwarzenberg, que guardaba silencio y tenía los ojos clavados en el suelo. «¿Es la Suecia, á quien tomasteis la Finlandia?... ¿Es la Prusia, cuyos despojos aceptasteis en Tilsit después de haber tenido alianza con ella?... Os engañáis, no tendréis á nadie. Explicaos conmigo y no tornemos á empezar la guerra...» Al terminar esta entrevista, Napoleón cogió la mano del príncipe de Kourakín de la manera más amistosa, y seguidamente despidió á aquel círculo, confundido no menos de su talento que de su imprudente osadía, y riéndose jovialmente del apuro del embajador de Rusia, que al salir de las Tullerías se sentía sofocado y exclamaba que hacía mucho calor en los salones del emperador. Esta conversación recordaba las que Napoleón tuvo con lord Whitworth en vísperas de la ruptura de la paz de Amiéns, con Mr. de Metternich en vísperas de la campaña de Wagram, y aunque no tuviese la violencia de la primera, ni la gravedad calculada de la segunda, se debía prestar á exageraciones peligrosísimas y muy embarazosas, sobre todo para el emperador Alejandro, ya muy comprometido á los ojos de su nación bajo el aspecto de la dignidad ultrajada.

Al día siguiente, los aduladores de Napoleón, acostumbrados á celebrar las proezas de su lengua como las de su espada, no omitieron referir que había abrumado al embajador de Rusia; y sus detractores, acostumbrados á desfigurar sus más insignificantes actos, pusieron por su parte el esmero en divulgar que había violado todas las conveniencias respecto del representante de una de las principales potencias de Europa. Nada parecido escribió el príncipe Kourakín á San Petersburgo, antes bien fué sencillo y moderado en su despacho; y el emperador Alejandro hubiera dejado pasar inadvertido este nuevo arranque de su temible aliado, si porción de cartas, escritas á San Petersburgo, unas desde París, otras desde Viena y Berlín, no hubieran desfigurado extrañamente la conversación del 15 de agosto. Retado hasta cierto punto ante su nación y ante Europa, debía hacerse más susceptible, esperando de consiguiente explicaciones en vez de ofrecerlas. «Bien hubiera querido, dijo á Mr. de Lauristón, no hacer caso de conversación semejante, pero en todos los salones de San Petersburgo resuena, y esta nueva circunstancia hace todavía más firme la resolución de mi nación de defender su dignidad, su independencia hasta derramar la última gota de sangre, aun no provocando la guerra. Por lo demás, Napoleón no habla de tal modo sino cuando está resuelto á las lides; entonces no se pone freno alguno. Memoria hago de su conversación con lord Whitworth en 1803, con Mr. de Metternich en 1809, y por lo tanto no puedo menos de ver en lo que acaba de pasar un funesto augurio respecto del mantenimiento de la paz.»

De resultas de estas observaciones apareció el emperador Alejandro sumamente triste: su ministro, Mr. de Romanzoff, cuya existencia política se cifraba en la paz,